

Una ventaja comparativa

En los tiempos que corren todo parece reducirse a los mágicos efectos de la competitividad, la eficiencia, el mercado. Categorías a las que se subordinan las relaciones sociales en pos de la maximización de las ganancias. La economía parece así, alejarse de la gente y con ello, negar su esencia social para transformarla en un fetiche de relaciones entre cosas (productos) y no entre personas.

En acuerdo a estos parámetros se está organizando la sociedad a fines del siglo XX. Esta situación habilita la consideración de por lo menos dos campos problemáticos.

Uno tiene que ver con las tendencias a nivel macro, es decir del conjunto social. En este número hemos incluido, para considerar dicha problemática, las Intervenciones de Alcira Argumedo y Atilio Borón volcadas en el panel sobre “Las encrucijadas en el comienzo del tercer milenio”, el que fuera organizado por el IMFC. Debate enriquecedor que pone en discusión el discurso hegemónico sobre la época y abre cauces para la discusión sobre un futuro alternativo pensado desde los pueblos.

El otro se vincula con lo particular, atinente a la especificidad de las cooperativas y sus formas de gestión. En esta oportunidad publicamos el trabajo de Simón Matkovich que, junto al aporte de sistematización técnica del artículo agrega la versación de una trayectoria importante en la gestión cooperativa.

El plano social, en sentido global y el cooperativo en particular, nos parecen campos de la práctica necesarios de ser relevados en el plano de la teoría. Además, estamos convencidos que las cooperativas son formas organizativas que presentan ventajas comparativas que las hacen superiores a otras para afrontar los desafíos del momento.

Las cooperativas han constituido históricamente una forma de organización económica que funda sus valores en la preminencia de lo social, no sólo en su fin no lucrativo, ni en el carácter democrático que impone igual nivel decisonal, independientemente de los capitales aportados, sino por su objetivo de organizar las relaciones sociales en la economía en arreglo a nuevos valores. Esto que podía sonar utópico a mediados del siglo XIX, continúa siendo un objetivo de miles de personas que siguen viendo en la solidaridad, el esfuerzo propio y la ayuda mutua, los mecanismos para mejor articular las necesidades humanas. Propósitos que se desarrollan en momentos de profunda crisis que acompaña a la creciente explotación, la exclusión de millones.

A tal punto llega la extensión de la miseria que la ONU ha convocado, para marzo del 95 en Copenhague, la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social. La intencionalidad del organismo internacional se centra en difundir su tesis del “desarrollo sustentable”, que fuera caballito de batalla en la EC092, la conferencia de población de El Cairo (1994) y en todos los foros internacionales. En esta oportunidad, la temática convocante es la pobreza, la miseria y el empleo. Claro que, mientras la ONU siga atrapada en el dominio del veto en el Consejo de Seguridad y supeditada al designio de las grandes po-

tencias, las consignas sólo constituirán buenos deseos y los problemas subsistirán para la mayoría de los pueblos.

Por eso, más que nunca, las formas solidarias de organización económica, aparecen como una propuesta con aptitud para contrarrestar la cultura mercadista de este tiempo “neoliberal”. De todas maneras, es justo señalar que en el devenir histórico, las entidades cooperativas han evolucionado, en gran medida, privilegiando la faz económica por sobre la social. Esa práctica tiñe el perfil del conjunto del movimiento cooperativo y a su vez, exige mayores esfuerzos de aquellos que sostenemos en el doble carácter de las cooperativas la forma de su existencia, es decir, como empresas y como movimiento social.

En ese marco, sigue constituyendo un desafío el desarrollo de nuevas formas de gestión en las cooperativas. No alcanza con tomar las “modas” de administración que a menudo aparecen en el mercado. ¡La participación en la gestión, esfuerzo de una parte de las cooperativas sigue siendo uno de los desafíos más importantes de la época. La experiencia de las “comisiones de asociados” en los Bancos Cooperativos, son instrumento de desarrollo de una forma específica de concebir la democracia en la toma de decisiones.

En tiempos de exacerbación del individualismo, la cooperación puede mostrarse como una alternativa de organización para la solidaridad, que recupere la gestión democrática en la administración de la economía. Que demuestre la posibilidad de sustentar una propuesta basada en la ética. Es una de las ventajas comparativas que puede presentar el movimiento solidario en estos tiempos. Ante la agresión del poder económico y la cultura del sálvese quien pueda, oponer la fuerza de la unidad y recrear la posibilidad de una perspectiva solidaria.